

Una visita a Humboldt en 1855

HABIA en Berlín un hombre cuya presencia ansiaba yo más contemplar que la de todas las grandezas que había encontrado en mi camino; era él un monumento vivo de alta gloria humana, era el primer hombre de su siglo por la inteligencia y el saber, era en fin Alejandro de Humboldt. Dos hombres se ha dicho han reasumido en la existencia del mundo todas las facultades del entendimiento en sus mil múltiples fases; a saber, Aristóteles y Alejandro de Humboldt. Filólogo en poco inferior a su famoso hermano Guillermo, él habla 8 ó 10 de las principales lenguas antiguas y modernas, entre las que cuenta el ruso y el tártaro que aprendió a los 60 años de edad en su viaje al interior del Asia. Poeta, él nos ha descrito el universo con maestra inspiración en su *Cuadro de la Naturaleza*. Sabio, su *Cosmos* es el compendio perfecto de todo lo que la inteligencia humana ha producido. El primero de los viajeros filosóficos, él nos ha pintado la socialidad de muchos pueblos y con una exactitud de narración, profundidad de ideas, y abundancia de datos, que sus obras de esta especie como el *Ensayo sobre Cuba* o el *Ensayo político de la Nueva España*, nada han dejado que añadir y sí mucho que copiar. Geógrafo sin rival en todos los tiempos, puede decirse que él conoce a palmas la superficie de la tierra así como la esfera celeste en que él mismo, que inició su carrera como astrónomo, ha hecho grandes descubrimientos y fijado posiciones de importancia. Todas las ciencias le son familiares y sobre todo ha escrito como no había escrito nadie antes que él, la Química, la Botánica, la Teología, todas las ciencias naturales han sido no sólo sus auxiliares, sino en cierto modo sus discípulas, porque él es el patriarca de todos los naturalistas modernos y el padrino de todos los grandes descubrimientos. . . Compañero o maestro de todas las grandes reputaciones científicas que se han levantado en Europa durante el presente siglo, no hay, puede decirse, una sola gloria europea nacida de la inteligencia, en la que no haya brillado algún destello de aquella inteligencia poderosa, única por su alcance y por su incomparable tesón y retentiva, pues Mr. de Humboldt, a los 85 años que cuenta hoy día, trabaja y estudia como cuando joven. . . Pero, para nosotros los americanos del sud, Humboldt tiene timbres de una admiración más singular. Puede asegurarse que después de Cristóbal Colón ningún europeo ha hecho más positivos bienes al vasto

Continente que habitamos; aquél lo descubrió el primero a la Europa, éste fué también el primero en hacerlo conocer en toda su magnificencia, sus recursos y su porvenir. Sus obras sobre la América del Sud, que han sido impresas con un costo quizá no sobrepasado por ninguna otra publicación en el presente siglo, fueron, podemos creerlo, la cuna en que el genio de aquel grande hombre nos exhibió a la Europa como un niño bellissimo, de magnificas esperanzas que sólo necesitaba ser estudiado para ser conocido, y ser conocido para ser apreciado. En efecto, después de él se despertó entre los jóvenes sabios de Europa un gran entusiasmo por visitar a estos países, y a la influencia de Mr. de Humboldt debemos principalmente el que hombres tan superiores como Von Spix y Martius, el príncipe de Neuwied, Gustave de Saint Hitare, Mawe, Waterton y otros visitaran y nos describiran el Brasil; Mollien y Despons, la Nueva Granada y Venezuela; von Tschudi, el Perú; d'Orbigny, la República Argentina; Pentland, la Bolivia; Poeppig Meyen, Gay, en fin, a Chile.

Como sudamericanos nosotros debemos en verdad a aquel ilustre genio casi un culto y yo se lo tributaba en mi admiración y en mi asombro por su gloria, y más que todo, en mi vehemente deseo de conocerlo, pues me parecía que no me habría movido en un año de Berlín si en un año no lo hubiera visto, a pesar de que cuanto anciano respetable pasaba por la calle me parecía ser el barón de Humboldt. . . Pero felizmente un ilustre consocio de este sabio, el bondadoso Mr. Geoffroy Saint Hilaire, director del jardín de plantas de París, me había confiado entre otras importantes cartas para sus amigos del Continente una dirigida a Mr. de Humboldt, y concebida en tales términos que hubiera sido sólo obra de la fatalidad el que no hubiera visto al venerable sabio. El señor Geoffroy Saint Hilaire, después de recomendarme en los más bondadosos y lisonjeros términos, concluía su carta con estas palabras que cito textualmente como una prueba del profundo respeto con que se tratan los hombres más ilustres de Europa. Helas aquí:

"París, 29 mars 1855.

"Monsieur et très illustre confrère.

"... Je lui remets donc ce mot d'introduction
"auprès de vous et je suis heureux de trouver une
"occasion de me rappeler respectueusement à votre
"souvenir. J'envie à Mr. Vicuña Mackenna l'hon-
"neur de pouvoir vous saluer en personne; car
"voici bien long-temps que Paris et l'Académie de
"sciences n'ont eu l'honneur de vous posséder dans
"leur sein. C'est un regret que je ressens vivement
"pour ma part, étant toujours reconnaissant des
"marques de bienveillance que vous m'avez plu-
"sieurs fois accordées. Veuillez me conserver le
"même sentiment, qui est pour moi une part bien
"précieuse de l'héritage paternel, et agréez la nou-
"velle expression de mes sentiments de respect et
"d'admiration.—*Isidore Geoffroy Saint-Hilaire*" (1).

Con esta introducción, Mr. de Humboldt no podía menos de concederme una pequeña audiencia, y en efecto, a los tres días después de haberle remitido mi carta, envió a decirme que podía recibirme a las 12 del día. Tres días, sin embargo, eran una corta antelara para visitar a este hombre no sólo ocupadísimo, sino fastidiado de cartas y visitas, porque quien va a Berlín, ¿no querrá visitar a Mr. de Humboldt? Y en materia de correspondencia, me dijo él mismo que todos los años tenía que contestar de 3 a 4.000 cartas, lo que hace casi una docena diaria...

Con el señor Cerda fuimos puntuales a la cita, y penetrando en uno de los más apartados barrios de la ciudad, descendimos del carruaje en una casa de modestas apariencias, y fuimos introducidos por un sirviente, atravesando dos pequeños cuartos cubiertos de armarios de libros y objetos de historia natural, al escritorio de Mr. de Humboldt, cuyo menaje era extremadamente sencillo. Un busto de Arago, el más grande y el más querido de los amigos de Humboldt, según me dijo él mismo, y algunos cuadros de paisajes colgados en la pared eran el único adorno de este gabinete de trabajo que no tenía tampoco más muebles que un sofá de crin y algunas cuantas sillas de junquillo de la

(1) He aquí la traducción de este párrafo de carta:

"*París, marzo 29 de 1855.*

Señor y muy ilustre consocio.

... Yo le confío, pues, esta palabra de introducción acerca de vos y siento verdadero placer de hacerme presente respetuosamente a vuestro recuerdo. Envidio al señor Vicuña Mackenna el honor de poder saludaros en persona, porque ya hace largo tiempo que París y la Academia de ciencias no tienen la honra de poseeros en su seno. Este es un sentimiento que yo experimento vivamente por mi parte, siendo siempre agradecido a las manifestaciones de bondad que me habéis acordado en varias ocasiones. Conservadme, os ruego, este mismo sentimiento que es para mí una parte bien preciosa de la herencia paterna, y aceptad la nueva manifestación de mis sentimientos de respeto y admiración.—*Isidore Geoffroy Saint-Hilaire.*"

India. El sirviente colocó una de éstas al lado del sofá y nos invitó a sentarnos en éste. Luego apareció por una puerta lateral la figura de un anciano de bella fisonomía con su cabello blanco enteramente, y animado su venerable rostro con esa sonrisa del alma que tan bellas hace a todas las personas. Era aquel Alejandro de Humboldt, el patriarca de los sabios de Europa, delante de quien yo me sentía más conmovido que si me encontrara en presencia de la turba toda de reyes y emperadores con que había tropezado en mi camino... Pero él, tendiéndonos afablemente la mano y preguntándonos qué idioma preferíamos para hablar, si el francés o el español, tomó un asiento, y durante media hora sostuvo una animada conversación, en que él, con una vivacidad extraña a su edad, llevaba la parte interrogativa. La América del Sud fué por supuesto el tema de la plática de aquel ilustre viajero y dos señores chilenos, como nos decía él, a pesar que habiendo leído una sola vez la carta de Mr. Geoffroy, retenía perfectamente mis dos apellidos y se puso a hacer el análisis de ellos... Nos dijo que él no había llegado en 1801 hasta Chile, porque su viaje a Lima había sido como accidental y había entonces muy raras oportunidades para venir a Valparaíso. "Pero, añadió, vuestro país es bastante conocido en Europa; el distinguido Molina arrojó muchas luces sobre él, y después el inglés Darwin, los alemanes Meyen y Poeppig y, particularmente, Mr. Gay, el hombre mejor instruido sobre Chile que yo haya conocido, nos han dado una noción general de todo el país bastante exacta." Me preguntó después si vivía aún entre nosotros el señor don Andrés Bello, a cuya familia recordaba haber conocido en Venezuela y cuya posterior fama había llegado hasta él hacía largo tiempo, y se informó también del señor Domeyko, cuyas importantes memorias sobre mineralogía él había visto publicadas en el Boletín de la Academia de Ciencias de París. Mr. de Humboldt sabe todo lo que pasa en la tierra; pero nada le interesa más que el conocer algo nuevo de los países que él ha visitado; así es que yo lo hubiera encontrado un poco preguntón si uno no tuviera la conciencia de que la mudex es el mejor testimonio de respeto que se puede ofrecer a tales hombres. Nos habló después del guano del Perú, cuyas muestras él había traído a Europa hacía 50 años, sin que por más de 40 de éstos, nadie hubiera hecho caso de las recomendaciones que él expuso entonces sobre su uso en la agricultura. Después nos habló de los diversos animales que pueblan los Andes, estableciendo las diferencias zoológicas que hay entre el huanaco y la llama, la alpaca y la vicuña, y haciendo una alusión a mi hombre, pasaba después a describirnos la inmensidad de sus viajes por los bordes del Mar Caspio hasta los límites de la India. Sin embargo, a pesar de la animación sostenida de nues-

tro diálogo, no podíamos menos de pensar en que una media hora de visita era un sobrado favor que nos hacía aquel hombre ilustre, y en efecto, al retirarnos nos dijo que iba a partir para Postdam, donde lo esperaba el rey, *pues desgraciadamente* S. M. tenía una loca pasión por las artes y necesitaba con frecuencia de él. Además, Mr. de Humboldt es consejero áulico de la corona. En fin, estrechando con veneración aquella mano que cuenta ya cerca de un siglo de actividad fecunda y laboriosa, me despedí del eminente cosmopolita de los siglos modernos. El nos acompañó hasta el umbral de su habitación, y manifestándole yo mi admiración por un voto que hacía a la Providencia para que guardara largo tiempo sus preciosos días, el anciano me contestó con una sonrisa estas palabras, que fueron su última despedida: *¡Ah, Monsieur, je vous assure que quand on a vécu quatre vingt conc ans, on ne croit plus que la vie est un bonheur!* Si una vida

llena de tanta grandeza y de tanta gloria no se cree feliz, ¿qué es entonces la gloria, donde está la felicidad?...

Mr. Humboldt es más bien mediano de estatura y tiene hoy una complexión delicada que hace pensar como un contraste en el vigor que desplegó durante su juventud en sus peligrosas y largas exploraciones. Su fisonomía es muy animada, porque sus dos ojos de un profundo azul brillan en una frente alba y espaciosa, mientras su boca, de labios gruesos, tiene una característica energía para expresarse. Mr. de Humboldt se ha mantenido siempre soltero, creo, y en verdad, casado con tanta gloria, tal vez no ha necesitado esa gloria tan general en Chile de poseer una mujer... Parece llevar una vida retirada y hay en las apariencias de su existencia exterior las muestras de una gran simplicidad de costumbre.

Benjamín Vicuña Mackenna *

Carta de Alejandro de Humboldt a Vicente Pérez Rosales, Agente de Colonización de Chile en Alemania.

Entre los papeles de Pérez Rosales encontramos la carta que publicamos a continuación y que es inédita (G. F. C.)

Señor: Le estoy muy agradecido, señor Cónsul General, por la amabilidad con que se ha dignado ofrecerme su importante *Cuadro estadístico de Chile*. Nada hay más completo que lo que se debe a sus investigaciones. La sabiduría con que este hermoso país ha sido gobernado, ha hecho posible lograr para él los progresos agrícolas e industriales que en vano se han buscado en las otras partes de la que fué antes la América española. Como su excelente obra me ha llegado durante las grandes agitaciones de Sanssouci, no he podido estudiar aún sino una pequeña mitad. Pongo en ella tanto más interés cuanto que la gran obra de Mr. Gillis y mis relaciones con Mr. Moesta la han renovado vivamente. Habiendo ido de Quito al Callao de Lima para observar allí el paso de Mercurio sobre el disco

solar en 1802, observación que ha llegado a ser importante para la longitud de toda la costa occidental de Chile (comunicación de Sir Roderich Murchison a la Sociedad Real de Geografía, 25 de mayo de 1857, p. 107), he sentido mucho no haber podido penetrar más lejos hacia el Sur.

Le ruego aceptar, señor, la expresión de mis sentimientos de alta consideración y reconocimiento. *A. Humboldt.*

En Postdam, Chateau, de la Ville, a 7 de agosto de 1857.

* Páginas de mi diario durante tres años de viajes, 1853, 1854 y 1855, por Benjamín Vicuña Mackenna. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1856. Págs. 314-317.